

IX.

La condesa de Scudemor se detuvo: su voz acababa de tomar un timbre extraño. ¿Era la fatiga de haber estado hablando tanto tiempo expuesta al frío de la noche? En un principio la sorpresa se había apoderado de Allán. No reconocía á su amada, que siempre se mostraba fría, en aquel lenguaje tan ardiente; después el interés de la narración había sido demasiado punzante para desvanecer el asombro: un sudor helado corría por sus mejillas, y mordía frenéticamente su pañuelo de seda. Una curiosidad infernal, porque estaba excitada por los celos, dilataba desmesuradamente sus pupilas, que brillaban en la sombra, y las fijaba en aquella mujer oculta en las tinieblas, y cuya voz baja y profunda, que conmovía todas las fibras de su corazón, había cesado de oír.

—«Sí (prosiguió, después de unos momentos de silencio); aquella vez, Allán, era el amor; pero el amor que no deja en el alma detrás de sí más que polvo; y puesto que este amor con-

cluye, ¿por qué hemos de creer en la inmortalidad?

»Todo favorecía esta pasión. Octavio podía venir á casa cuando quisiera, porque las relaciones de familia eran lo suficientemente íntimas para que la vanidad del Conde pudiera hacer caso de los rumores que hubieran podido correr. Veía, pues, á Octavio á cada momento durante el día, y le enviaba á buscar cuando tardaba, dirigiéndole por ello reproches lujuriosos, cubierta la frente de un rubor más vergonzoso todavía; y cuando me sorprendía viniendo algunos minutos más temprano que de ordinario, me faltaba poco para arrojarme á su cuello, ó para besarle los pies con reconocimiento.

»Este amor, que me dió á conocer felicidades de que yo no tenía idea, me condenó también á sufrimientos que no podían compensar las voluptuosidades más embriagadoras, envenenando el recuerdo del pasado, ese hierro que permanece siempre en la herida. Margarita, —el sueño permanece sueño— y después de ella mis ilusiones guardadas en el seno que habían agitado, y que lograra hacerlas desbordar, los movimientos de un vals ó de un rigodón, autorizados por las madres todas, y en los que, haciéndonos oír su voz, la vida que se anuncia da tan terribles significa-

ciones, permanecieron vivas. Mi amor engañado por Horacio, que no había conseguido agotarlo; las delicias de mi matrimonio, apenas saboreadas, todo me causó horror.... ¡Sentía no ser la más pura de las mujeres para arrojar la flor de mi inocencia en la hoguera de mi amor, para dársela á respirar, para que la marchitase y la pisoteara! ¡Ah! Las mujeres son adúlteras, y lo son todas. ¿Pero saben, como yo, toda la felicidad traidora que el adulterio puede ocultar?....

»Ya lo veis, Allán; el adulterio no era para mí el de las vírgenes de este mundo, ese olvido de un sentimiento secreto, esa profanación del matrimonio llevada á cabo misteriosamente en las profundidades de nuestra alma. Ya os he dicho cuáles fueron las prostituciones sucesivas de mis sentimientos: el adulterio fué más todavía para mí. El lazo me parecía más fuerte, y, sin embargo, fué roto de la misma manera. Creedme, Allán; no fué la certeza de obrar mal, de faltar á lo que la moral de los hombres ha llamado deberes, lo que impidió que mi pasión me hiciera dichosa.

»¡Ah! Había en ella toda cuanta poesía y arranque sublime son necesarios para impedir que una vanidad ó un remordimiento se atreviesen á elevar una queja tímida á los ecos que representan y se engrandecen en la con-

ciencia; pero la vida se veía atacada en sus manantiales, y yo era desgraciada porque era adúltera. No lo era á causa de los hombres y de su moral, que protesta cuando la falseamos, sino simplemente por el hecho de serlo. ¡Qué profundamente triste es todo esto! El adulterio destroza con sus propias manos las entrañas del amor. ¡Ah! Cuando se es fuerte, puede uno burlarse del reproche de haber vendido á un ser que se haya amado, porque es cosa que se ventila en el fondo del alma; pero vender á un ser que se ama, es la contradicción de las contradicciones. ¡Venderle por adelantado; encontrarse vendido en el pasado el ser que debe amarse en el porvenir; nodar á ese ser á quien se entrega el alma y la vida más que los restos del alma y del cuerpo, las migajas perdidas del festín celebrado por otro, es el peor de los dolores humanos, es la más desoladora de las vergüenzas!

»Se es criminal para con la misma persona á quien se adora. Pálida víctima, se tiembla bajo sus caricias, porque no son bastante poderosas para hacer olvidar que se ha sido culpable antes: rodeada por los brazos que os enlazan, unida al pecho en que apoyáis una cabeza que no puede dormir ni embriagarse, la vida pasada antes de conocerle se aparece incesantemente para desesperaros, para recor-

daros que no sois más que una mutilación, la copa que guarda la señal de las bocas que han bebido en ella, una mujer miserable que no tiene derecho para decir al hombre á quien se entrega insensata la palabra fatal en que el amor concentra la eternidad del mismo Dios: «Soy toda tuya.»

» ¡Oh, Allán, Allán! ¡Todas las mujeres no merecen que se les escupa con desprecio en el rostro, porque entonces es cieno lo que procede de los labios; todas las mujeres han sospechado al menos este sufrimiento!.... Para todas, aun en el seno del amor más ardiente, hay instantes en que, solas, han doblado humilladas la frente al acostarse, en que han ocultado su faz, cubierta de lágrimas abrasadoras, de las cuales no dicen la causa, en el hueco del pecho tan amado.... Pero, ¿han agotado como yo las amarguras de ese intolerable tormento, sin que la felicidad del amor pudiese interrumpirle y hacérselo olvidar?

» ¿Por qué estás triste, puesto que eres dichosa? me preguntaba algunas veces Octavio; y yo, ¡ay!, le hacía creer que el exceso de felicidad destroza. No me hubiera atrevido á decirle la causa de mis espantosas tristezas, que surgían repentinamente en medio de los transportes de nuestra unión y de las sonrisas de nuestro amor. ¿Acaso debe existir siempre un

secreto, ¡gran Dios!, entre dos seres que se aman hasta el punto de no formar más que uno solo; secreto que, por la noche, cuando los dos corazones se estrechan, no puede revelarse, y arranca lágrimas á uno de ellos?... Tenía miedo, si se lo confiaba á Octavio, de que disminuyera el sentimiento que por mí experimentaba, y despertar su desprecio. Muchas veces me parecía que adivinaba mi vida pasada, y que por delicadeza imponía silencio á sus inevitables celos.

» Sobre todo, había una idea que me atormentaba más que ninguna otra; pero no se os parecía, Allán, y nunca he tenido certeza de que existiera realmente lo que tanto me asustaba. Muchas veces le estudiaba con una de esas miradas en que la mujer llega á lo más profundo del corazón del hombre que ama, cuando mecía sobre sus rodillas á mi hija, cosa que yo no hacía nunca, y jamás conseguí ver nada en las caricias que la prodigaba que demostrara el heroico sacrificio que yo suponía. ¿No hubiera debido esto calmarme, disipar mis inquietudes, hacerme más dispuesta para la felicidad, que todos mis pensamientos habían corrompido? Pero mi carácter es tan reservado para el sufrimiento, que, una vez caído en él, jamás vuelve á salir. En aquella época de mi vida no podía mirar á una joven sin verme

obligada á bajar los ojos. Á su vista me ruborizaba más que ella, y no por pudor.

» ¡Qué incomprensible es nuestro corazón, Allán! ¿Creeréis que en el fondo del mío reprochaba á Octavio el no ser desgraciado por la idea que causaba mi dolor? Admirábame su tranquilidad, y esto le empequeñeció á mis ojos, siendo el primer golpe que amenazó nuestra unión, la primera mordedura del áspid oculto en mi corazón. Vos, Allán, á quien yo no he amado; vos que aborrecéis á Camila porque para vos es una fecha espantosa en mi historia, no hubiérais tenido tal apatía: vuestro amor habría sido infinito y abrazado todos los tiempos; pero el de Octavio no era así: bastáble las caricias, y el momento de la embriaguez dominaba la reflexión. Ahora bien; todas las pasiones profundas son reflexivas, y yo había aprendido esto en la que experimentaba por él...

» Cuanto más tiempo pasaba, más se agrandaba este punto de desprecio tan doloroso como una inquietud y más corroía mi amor; y mi pasión tomó un carácter nuevo, en el que no entraba ya para nada el entusiasmo.... Pero el entusiasmo es la espuma de un vino generoso, y los licores más ardientes se estancan en la copa sin producir efervescencia.

» No os referiré, Allán, los acontecimientos

exteriores que se mezclaron con mi amor. ¿Qué importa que yo viviera en diferentes países de Europa, donde llevaban á mi marido las diversas misiones que desempeñó? Octavio se había hecho su secretario, y no nos abandonaba, llevándole yo á todas partes conmigo. No creo preciso más que contaros las varias y sucesivas fases de un sentimiento que al morir me dejó el alma tan dura como el granito.

»Exasperado este sentimiento por el dolor más humillante que existe, la conciencia de un pasado irrevocable, parecía sacar una energía más áspera y más ardiente de ese mismo dolor.... El sufrimiento es una palma de martirio muy amarga; pero podría con razón considerarse como una transustanciación infernal ó divina, que con este alimento hace que nuestros amores sean devoradores hasta la desesperación. El desprecio que sucedió á este dolor fué impotente contra mi pasión, cuya intensidad acrecentó. No combatí el amor con el desprecio, ni el desprecio con el amor. ¡Situación bien extraña, por cierto, en la cual he vivido algunos años! ¿Comprendéis qué mujer sería yo, cuando mi terco amor ha luchado tanto tiempo contra la suprema felicidad, contra el sufrimiento y el desprecio en mi alma, en la cual las pasiones se hallaban encerradas como las culebras, que sólo esperan para formar sus

nidos en primavera, á que las malezas se cubran de hojas?...

»Era mi destino no encontrar al final de todas mis afecciones otra cosa que desengaños é impotencia. Sin duda adivinaréis que Octavio, á quien tanto había amado, al cual había unido tantos y tan hermosos sueños de felicidad, que Octavio llegaría un día á desprenderse de la mujer que tanto había de amarle todavía. Y no os engañáis, amigo mío; aun me quedaba que sufrir este dolor; ¡todavía era preciso apurar este cáliz! Mientras duró en él la pasión, me había admirado tanto como idolatrado; yo era su religión, su culto, y si yo no le hubiera prodigado mis caricias, no me hubiese hablado más que de rodillas. Pues bien; ved hasta dónde llega el refinamiento de crueldad del destino; el amor de Octavio era el que debía terminar el primero. Entusiasmo, respeto, admiración, fueron impotentes para hacerle vivir, mientras que el mío pasaba por encima del desprecio para sobrevivir á todo.

»Y este es el motivo que tengo para no creer en la duración de la afección que se quiere ponderar como eterna. El dolor me ha gastado hasta la última fibra, desecado hasta la última gota, y en este seno en que la vida se agita todavía, no hay más que el cadáver de mi co-

razón... Hubo un día triste y horrible (no había dejado todavía de amarle), en que la idea del suicidio vino á acariciar mi dolor; mas el pensamiento de Camila me contuvo. Pero os aseguro, amigo mío, que el día en que se ocurre pensar en la muerte, no es el peor de los que se pasan en la vida: mientras hay un interés por alguna cosa, la desgracia no ha dicho aún su última palabra; cuando se cree que no hay ya tranquilidad ni paz posibles, ni aun en la tumba, es cuando, aunque dure todavía una vida de espantoso sufrimiento, no se vive ya.»

Al llegar aquí, detúvose segunda vez la Condesa. Aquella narración en que los hechos materiales olvidados daban un tinte más sombrío y terrible á toda aquella psicología tempestuosa, llenaba de una compasión sin dulzura el alma celosa y atormentada del pobre joven.

Repentinamente la luna se abrió paso á través de las ramas y las hojas de los árboles del bosque, arrojando sus rayos plateados sobre las cabezas de ambos, y destacándolas de la oscuridad que los rodeaba, con lo cual pudieron verse. Allán tenía el aire estúpido; pero el genio del llanto, como debe ser el de la experiencia de la vida, refulgía en la frente de la señora de Scudemor. Sus ojos brillaban, secos

como siempre; sus labios dejaban entrever una sonrisa: la sonrisa amarga de la ironía solitaria.

—Tal ha sido mi vida (dijo), á excepción de lo que he debido sufrir antes de matar mi amor; aunque no tuve necesidad de matarle, pues murió sin que yo tuviese que hacer para ello ningún esfuerzo.... Mi corazón estaba completamente destrozado cuando murió; pero ¡cuánto tiempo tardó en morir! Excuso referiros estos detalles, que creo inútiles; pero pienso que ya no extrañaréis no tenga fe en la duración de las pasiones.

—¿Y Octavio?—preguntó Allán, con el tono cortado que da la fiebre.

—¿Octavio? (replicó ella con su calma ordinaria.) Me dijeron que había muerto, después de haberse casado no sé dónde. Tenía su retrato; pero el calor del corazón, que con tanta fuerza latía por él, había llegado á borrar los colores, dejándole desconocido para otro cualquiera que no fuese yo, y fui bastante cobarde para esperar que mi amor se hubiese extinguido completamente para romperle; pero le llevé tanto tiempo, que mi pecho conserva la señal. ¿Creéis que haya labios bastante poderosos para borrarla?....

Y cogió la mano del desgraciado joven.

—¡Dejadme!—gritó, estremeciéndose, y con tono duro y resentido.

Ella obedeció, sin cólera y sin tristeza.

—Sí, Allán (respondió dulcemente): tenéis razón; debo dejaros ahora. He torturado el amor que sentís por mí, pero este es el dolor que cura la herida. La realidad ha venido á marchitar con su irresistible soplo los sueños de vuestra imaginación y los delirios de vuestro amor. Ved lo que soy, Allán, y comprended que no valgo nada ante vuestra juventud, que mataría entre mis manos, sin que ni aun mi egoísmo se aprovechase de ella.

»¡Oh, Allán! No améis nunca más que á una joven pura, á ese adorable misterio cuyos velos pueden irse descorriendo uno á uno. Solamente con esta condición hay felicidad posible, y si falta, os exponéis á suplicios inauditos. ¿Tengo necesidad de insistir? ¿No os ha herido en lo vivo una simple caricia hecha por mí á Camila? Cuando los celos hieren sin motivo, son más furiosos que cuando tienen alguna razón de ser, y humillan porque es el pasado inevitable, que llega á hacerse el rival que no podéis herir.

»Además, ¿qué cariño resistiría al pensamiento de que la mujer amada ha consumido cuanto aún podía dar!... ¡De qué no recriminaréis siempre la menor de las reminiscencias de su juventud borrascosa! ¡Ah! Mañana—si hoy cediera á vuestro deseo,—mañana estaríais

arrepentido y disgustado indudablemente. Toda vuestra pasión abortaría. Ahora bien, Allán: os exijo que mañana mismo partáis.»

—No, señora (respondió el joven con la impetuosidad de una cólera concentrada por mucho tiempo): no, no partiré. Si habéis creído hacer una gran cosa al referirme vuestra historia tan desoladora, os habéis equivocado. ¡No aprecio vuestras sublimidades, ni acepto vuestras abnegaciones! ¿Quién sabe si me habéis dicho la verdad?... ¿Quién sabe si en vuestra bondad para conmigo, y para curarme de mi amor, como decís, no os habéis calumniado? Pero no (prosiguió); no habéis mentido. ¡Una mentira no me hubiera hecho sufrir tanto!

Se detuvo bajo el peso de la convicción de que había oído una confesión real. Se hubiera creído que estaba asustado de la energía que demostraba.

Pero la Condesa no se conmovió ante aquella resistencia con que no contaba.

—La noche es buena consejera, Allán (le dijo con su voz grave): mañana tal vez deseéis partir sin volver á verme. De otro modo, os mandaré terminantemente dejar el castillo, y es seguro que, aunque no sea más que por orgullo, no dejaréis de obedecerme.

—¡Por orgullo! (replicó.) ¡Bastante caso hago yo de mi orgullo! Mi orgullo, señora, es

permanecer aquí á pesar vuestro, y me quedaré. Hay en mí algo más fuerte que yo, y que me ata de piés y manos: algo más fuerte que vos también. ¿Qué me habláis de porvenir? Vos, á quien el desencanto os cerca por todas partes, ¿podéis hablar de mi vida futura? ¡Mi porvenir es estar donde estéis; mi porvenir es amaros, y cuando esté cansado de este amor sin correspondencia, levantarme la tapa de los sesos!

Y su voz se deshizo en sollozos. Hubiera querido ahogarlos; pero, inhábil en las luchas consigo mismo, no pudo contenerlos por más tiempo.

—¡Pobre amigo mío; no sabéis lo que os decís! (dijo ella con una dulzura irresistible.) Perdonadme si os he hecho tanto daño al deciros que os obligaría á partir.... Obedecía al miedo del destino. ¡Ay, nos hacemos muy desgraciados! Vos, Allán, tenéis lágrimas que derramar; pero yo ya no las tengo: ¡he vertido tantas! Yo también sufro, creedme, y perdonadme.

Había algo de bálsamo en su voz enternecida. La frente del joven se apoyó en su hombro con una especie de confianza que empezaba á renacer.

—Sí, poned así vuestra frente (dijo, volviendo á tomar su acento maternal), y llorad,

hijo mío; saciaos en vuestras lágrimas: ¡ay! ¡no lloraréis siempre! ¿No os he dicho que nuestra despedida sería cruel? ¡Por Dios! Abreviada, partiendo mañana. Si tenéis algo de piedad hacia mí, á quien reprocharíais como un verdadero crimen el haber corrompido vuestra vida sin haberos hecho gustar siquiera la estéril indemnización de las pasiones, sed bueno, sed generoso, y alejaos. Pagadme de este modo el triste valor que he necesitado para contaros la humillante biografía de mi corazón. ¿No es esta historia que sabéis ahora, una infranqueable barrera levantada entre nuestros destinos? ¡Que no amáis á Camila! ¡Mis caricias la han afeado á vuestros ojos, porque bajo ellas habéis visto alguna cosa que no se dirigía á ella *sola*, y vos deseáis á su madre, á la que la ha tenido de otro hombre que no sois vos! ¡Y si aún no hubiese sido más que este hombre quien me infligiera las pasiones y el dolor!; pero sabéis que no es él solo á quien he amado, secando la fuente de mis sentimientos. ¡Ah! No bebáis el cieno de esta fuente desecada. No creáis lo que os he dicho, que os arrojaría de mi casa. Era una astucia, y esperaba que con esa amenaza os decidiría á partir; pero puesto que sois un hombre, ¿queréis que de rodillas os pida que partáis?

Y cayó de hinojos ante el joven, que se le-

vantó lleno de espanto al verla en aquel estado. Aquella mujer admirable sabía bien hasta qué punto llegaba la nobleza de Allán para dejarla en tal postura, y que aquel corazón de diez y siete años, virgen de egoísmo, no podría resistir semejante humillación en la mujer amada. Le había educado, y sabía su nobleza.

—Así permaneceré hasta que me prometáis que partiréis mañana. ¿Creéis que puedo quedar de este modo mucho tiempo delante de vos?

Él prometió hacerlo, lleno de desesperación, pero sin vacilar. Su voluntad fué vencida por la sublime comedia que tan friamente había representado la señora de Scudemor.

Entonces ésta se levantó con tanta serenidad como nobleza.

—Tengo vuestra palabra (dijo), y ahora estoy tranquila.

Y se le llevó en dirección al castillo.

Lo que Allán acababa de prometer hacia en él el mismo efecto que una sentencia de muerte en un alma vulgar. No pensaba en ello, y sólo tenía la idea inconsciente de un mal espantoso, marchando lentamente y en silencio, con la cabeza baja y apoyado en el brazo de la Condesa, á lo largo de las calles de árboles.

En el castillo todo reposaba, no viéndose ninguna luz. Hasta las lamparillas debían haberse apagado, porque ningún reflejo de sus

vacilantes luces se pintaba en las ventanas blancas por los rayos de la luna. Únicamente en una de ellas una cortina de seda verde osciló un momento, desprendiéndose de la mano que la sostenía hacía mucho tiempo, cayendo negligentemente.

X.

Al día siguiente, el criado que entró en el cuarto de Allán de Cynthry, le encontró vestido todavía y extendido sin conocimiento en el suelo. Al caer, la frente del joven había chocado con el ángulo de mármol de una mesa, hiriéndose gravemente y derramando gran cantidad de sangre.

El criado llamó, y no tardaron en prodigarse al herido los socorros necesarios. Estaba vivo, y al cabo de algún tiempo abrió los ojos; pero su mirada era extraviada. Habló, pero en sus palabras reinaba la mayor confusión. El médico declaró que estaba atacado de una fiebre cerebral, cuya intensidad se manifestaba ya de una manera espantosa.

—Yo soy la causante de todo este mal (se dijo la señora de Scudemor). La velada de anoche ha influido terriblemente sobre los nervios de esta organización apasionada.

Y pensando así, un triste reproche se ele-

vaba del fondo de su alma, y por huir de una piedad caía en otra. ¡Terribles abismos ocultos en el corazón de una mujer, que son los únicos que quedan por llenar cuando todos los demás rebosan!

Declaró su intención de cuidar ella misma á Allán, y estableciéndose al lado de su lecho, no se separó ya de allí. Vendó su herida, le administraba todas las medicinas que el médico ordenaba, y como frecuentemente el enfermo, en el colmo de la agitación ó presa del delirio, rechazaba todo lo que se le daba, pasaba el día mirando aquella cabeza enloquecida por ella, en la que la extinción del pensamiento parecía sólo preceder algunos instantes á la de la vida.

Si el aire exterior no hubiese endurecido aquel bronce en otro tiempo en fusión; si la señora de Scudemor hubiese arrancado al dolor, si no sano y salvo, al menos vivo todavía, un pequeño rincón de su alma, tal vez hubiera vuelto á experimentar alguno de aquellos sentimientos que tan desgraciada la habían hecho, y por milésima vez el pensamiento y la inteligencia se hubieran estrellado contra la incorregible sensibilidad de la mujer; pero cuando no queda una sola tabla del navío que ha naufragado en las olas de la pasión; cuando la imaginación se extingue en la sangre que el co-

razón ha derramado, se puede sin desfallecer ver cómo muere el ser que nos amaba.

No hay peligro en permanecer al lado del agonizante, á pesar de que cada suspiro parece que se lleva su vida, en una habitación en que el silencio no se turba más que por algún débil quejido del que sufre, ó por algún suspiro de la que le vela en extremo conmovida. No se siente más que la fascinación del sufrimiento, mucho más poderosa que la de la belleza; no se explican las locuras que puede decir, que á manera de contagio de delirio se transmiten del aliento del enfermo á la cabeza de los que con mano inquieta tratan de apaciguarlo; no se piensa en la felicidad del tiempo que pasa, que se sueña ó que se goza, cuando una criatura sufre y espira. Se dice que los besos de los moribundos valen más que los besos de los vivos, y que es una voluptuosidad fúnebre y desesperada gozar en la tierra de los encantos arrebatados á la fosa abierta para el que no tardará en descender á ella.

Á la cabecera de Allán, la Condesa era, como en todas partes, inaccesible á todo lo que hubiese turbado á cualquier otra mujer, cuyo dolor no estuviera tan fortificado por la razón. Sin embargo, había perdido el resto de toda afección hacia las cosas, hallándose convertida, para los que se acercaban á ella, en un egoísmo

tranquilo, cuyas asperezas habían desaparecido al contacto del sufrimiento y la reflexión. La piedad, que no es tal vez más que el recuerdo y unión á nosotros mismos de nuestros dolores, había establecido un lazo de unión entre ella y Allán.

Aprendió entonces aquella mujer, que parecía haber perdido su personalidad, que después de las agonías de las pasiones burladas, hay otros dolores posibles, y que quedan siempre bastantes ilusiones en la vida para advertir algún día que no todas han llegado á morir.

Vivía demasiado aislada en la vida, su soledad era tan grande, que todo lo que la interrumpía en aquel aislamiento, todo lo que turbaba confusamente su soledad, le repercutía en el alma, clara, distinta y profundamente, como un acorde se precisa al pasar por un aire puro.

En el fondo de toda compasión hay siempre un remordimiento, y este remordimiento se pronunciaba más en el corazón de la Condesa, porque encontraba en ella inquietud, inquietud que la hacía sentir los más punzantes dolores. Tenía la ansiedad del peligro del joven, y nadie la había visto mostrar, como entonces, un interés mezclado de espanto en su mirada cuando preguntaba al médico con trémulo labio:

—Señor, ¿morirá este niño?

La enfermedad de Allán tenía tal intensidad, que había pocas esperanzas de salvación; y cuando la concurrencia que animaba el castillo de los Sauces vió que la Condesa no abandonaba la habitación del enfermo, como las gentes del mundo no querían entristecer sus rosadas alegrías con una escena fúnebre, partieron unos después de los otros. Así es que en el castillo, que rebosaba de gente días antes, quedaron sólo tres personas: Allán, la condesa de Scudemor y Camila.

Algunas veces la niña llegaba á la puerta para pedir noticias del enfermo, no pasando de allí, porque su madre le había prohibido la entrada en la habitación: como madre previsora, no quería que el delirio de Allán la instruyese de lo que debía ser ignorado siempre por ella; aunque la precaución fué inútil, porque los pensamientos de Allán nunca se referían á ninguno de los sucesos que habían producido su enfermedad. En ninguna de sus palabras sin cohesión se reflejaba el sentimiento de que su corazón estaba lleno.

¡Profunda miseria de la naturaleza humana! Hay un sentimiento por el cual se vive y se respira, y ese sentimiento parece que ha dejado de existir. Se pierde el corazón como se pierde la cabeza.... ¡Qué situación tan te-

rrible para una mujer que ama, y que busca en el fondo de la mirada extraviada un vago relámpago que no sea el irónico espejismo de un conocimiento anonadado, sin encontrar más que las sombras pavorosas de la demencia en la sonrisa, y la ceguera en aquellos ojos más espantosos que las órbitas vacías, puesto que no es la carne lo que falta, sino el pensamiento.

La señora de Scudemor no experimentó, es verdad, la horrible agonía de la investigación de un sentimiento perdido en los abismos de la locura, ni la infidelidad del corazón por el desfallecimiento de la razón en sus órganos enfermos. Más elevada en su desprecio que el burlón Demócrito, contemplaba sin estremecerse, los lugares en que habita y se extingue lo que el hombre tiene de divino mezclado en las moléculas de su arcilla. Era un espectáculo digno de ella.

Después de las rudas pruebas que había sufrido, se adormecía en un orgulloso bienestar....; pero aquellos instantes tranquilos eran muy cortos. Por una inconsecuencia increíble, su tristeza, su piedad, sus remordimientos volvían á apoderarse de ella poco á poco. ¿Y por qué tenía esos remordimientos, esa piedad y esa tristeza, cuando sabía bien que todo puede ó debe morir, tanto en el alma como en la vida?....

XI.

Acababan de dar las tres de la tarde, y amenazaba desarrollarse una tempestad: un calor sofocante se desprendía de las pesadas nubes, y las golondrinas rozaban la tierra con su ala medrosa. En vano, para hacer correr el aire en la habitación de Allán, se había abierto la ventana, desde donde se veía el pantano que está enfrente del castillo, y desde la cual se podía ver irse formando la tempestad que se anunciaba ya en una atmósfera muy cargada.

El sol, tan abrasador todo el día, había desaparecido bajo nubes de un azul sombrío, dejando ver solamente por entre algunas anfractuosidades tristes rayos amarillos que atravesaban siniestramente el espacio: era un bochorno, más sofocante aún que el calor solar. El mismo pantano, á pesar de sus aguas y sus hierbas, no ofrecía la menor frescura.

Á lo lejos humeaba un vapor abrasado y rojizo, como si fuese el reflejo de un incendio; inmóviles como si hubieran formado parte del